

CAPÍTULO II

OACALCO, MORELOS: LA MIGRACIÓN MIXTECA



Figura 5. Virginia

Es que yo nunca he visto mi pueblo. Cuando yo' estaba chiquitita vine
acá a Oacalco pero nunca he ido a mi pueblo y no sé cómo está mi tía.
Es que nunca lo he visto pues, tampoco ya no sé cómo es,
pero todo de allá me gusta. También las montañas.
Se ven bonitas y todas están bien verdes. También los árboles,
porque están bonitos, grandes, chiquitos. Allá siembran puras milpas de maíz.
Sí quiero ir allá tantito. Es que yo no he visto mi pueblo cómo es.
Es que yo cuando era chiquita me vine acá.
(Valentina, 10 años)

Oacalco, su Historia

Cuando vinimos yo pensé que aquí era mi pueblo, pero no, es allá.
(Rosalinda, 9 años)

La palabra Oacalco proviene del vocablo náhuatl *coacalco* que quiere decir “casa de la serpiente”. Oacalco es un asentamiento semi urbanizado de 2,499 habitantes (COESPO, estado de Morelos 2006) que pertenece al municipio de Yautepec, localizado en el norte del estado de Morelos. Antiguamente, en esta localidad la explotación cañera solía ser la actividad principal, sin embargo en las últimas dos décadas la comunidad de Oacalco ha experimentado una fuerte transformación económica que ha repercutido en las ocupaciones y en el estilo de vida de las familias que la habitan. Por ejemplo, en el pasado sus habitantes hablaban el náhuatl, lengua que ahora se ha perdido por completo, pero que se sigue hablando en algunos pueblos del municipio y del estado.



Figura 6. “Mi pueblo Oacalco”
Ricardo, 11 años.

Oacalco está situado en medio de vastas extensiones cañeras, milpas, cultivos de hortalizas y algunos viveros de flores y plantas de ornato, en un pequeño valle muy fértil y con abundante agua entre las comunidades de Tepoztlán y Yautepec, más grandes en extensión y población. La región cuenta con una gran cantidad de manantiales y fuentes de agua, lo cual le proporciona un gran atractivo y la hace ideal para el desarrollo de centros turísticos como los de Cuautla, Oaxtepec y Cocoyoc, todos muy cercanos a Oacalco. Oacalco también se encuentra dentro de la ruta de los conventos agustinos y dominicos del siglo XVI que comprende Cuernavaca, Tepoztlán, Yautepec, Tlayacapan, Oaxtepec, Ocuituco, Yecapixtla, Atlatlauhcan y Tetela del Volcán, entre otros.

Actualmente se podría decir que Oacalco se encuentra a medio camino en una transición que va de la vida y el modo de subsistencia campesino a una economía basada principalmente en el sector comercial y de

servicios, transformación que ha sido alentada en gran medida por la creciente emigración, la urbanización y la constante llegada a la región de familias acomodadas que dejan las ciudades buscando la “tranquilidad del campo”. El crecimiento demográfico y económico de Oacalco se ha debido, principalmente, al cada vez más frecuente fraccionamiento de sus terrenos para la construcción de zonas residenciales y fincas de fin de semana de la gente adinerada de Cuernavaca y el Distrito Federal. En consecuencia a esto, desde hace más de una década, las familias de Oacalco han comenzado a abandonar paulatinamente el cultivo de la tierra para abrir un pequeño negocio o un comercio (en gran parte gracias a la ayuda del dinero que envían los familiares que están en los Estados Unidos), o bien para venderla a compañías inmobiliarias.

Podemos afirmar entonces que el cultivo de la tierra ha quedado en su mayor parte a cargo de las familias migrantes que, desde hace más de quince años, llegan a la región buscando empleo y mejores condiciones de vida. Entre éstas, las más numerosas pertenecen a las etnias mixteca (de la Montaña de Guerrero), tlapaneca, nahua (de Puebla) y otomí.

El único documento histórico-etnográfico que ha sido elaborado sobre la comunidad de Oacalco es la *Memoria histórica de los ex-obreros del ingenio de Oacalco*, investigación coordinada por Humberto Rayón (1995). En ella se relata que en el año de 1923 se inició la construcción del ingenio azucarero que habría de darle un fuerte auge económico no sólo a ésta comunidad, sino a toda la región. Testimonios de obreros que trabajaron en el ingenio en el momento de su inauguración narran que antes de que éste existiera, Oacalco no era más que “una hacienda muerta”. Cuando en 1923 una Casa de Préstamo perteneciente al Estado dio inicio a la construcción del ingenio, decenas de familias de los alrededores comenzaron a trasladarse a Oacalco a vivir y solicitar empleo. Al principio, los obreros y sus familias vivían en pequeñas chozas al interior del ingenio pero con los años fueron llegando cada vez más trabajadores, atraídos por la posibilidad de empleo y las necesidades que había dejado la revolución y poco a poco la comunidad fue creciendo, siempre alrededor del ingenio cañero (Rayón 1995:13-14).

Humberto Rayón (1995:15-16) relata que en los inicios del ingenio, Oacalco se encontraba rodeado solamente de cañaverales y campos de huizache, y que la casa más lejana se encontraba a tan sólo 200 metros de distancia del ingenio: “en sus inicios no era más que un Ranchito”, apunta el autor. En ese tiempo las familias debían trasladarse en mula a Yautepec o a Cuautla para comprar alimentos y provisiones. Rayón

apunta que en ese entonces toda la gente que vivía en Oacalco provenía de otras regiones del centro del país (la mayoría de Toluca) y que en realidad no había gente propiamente nativa del lugar.

La historia de la comunidad de Oacalco ha estado siempre íntimamente ligada a la de su ingenio cañero. Aún hoy que éste se encuentra abandonado y mantiene sus puertas cerradas desde hace más de una década, su presencia y su antiguo esplendor no dejan de sentirse en la comunidad. El que ahora es un silencioso y semi-abandonado casco de ingenio es la primera cosa que cualquier visitante ve al llegar a Oacalco. Sus enormes chimeneas, inspiradoras de varias leyendas locales, se distinguen incluso desde las afueras del pueblo.

En el año de 1989, el ingenio cerró sus puertas y desde 1924 (un año después de su apertura) hasta el día de su clausura se hizo una zafra al año de manera ininterrumpida. El periodo de zafra duraba seis meses, de diciembre a mayo o junio, seguido por otro lapso de seis meses durante el cual se le daba mantenimiento general a la maquinaria y a las instalaciones (Rayón 1995:20). Con el cierre del ingenio, que durante sesenta y seis años había sido el motor de la economía regional, cientos de trabajadores y decenas de familias se encontraron sin una fuente de ingresos y paralelo a esto, poco a poco se fue generando un proceso de pérdida de la identidad (Concheiro et al. 2000:3) comunal y regional.

Son varias las causas que mencionan para explicar el cierre del ingenio, entre ellas están la mala administración, el robo de material por parte de los propios trabajadores (que llevó a la empresa a trabajar en números rojos) o de un “cierre preparado por el gobierno” (Rayón 1995:38-40). Humberto Rayón hace mención de esto último para referirse a que precisamente en el momento en que el ingenio estaba por cerrar, se instaló una casa de ahorro en Yautepec, propiedad de Saúl Chavelas Vargas, que ofrecía pagar a sus ahorradores el 10% de interés mensual del total de sus inversiones. Según el autor, esto llevó a los trabajadores del ingenio a firmar su finiquito a cambio del pago de su indemnización (Rayón 1995:40), sin protestar ni considerar las consecuencias de su decisión.

Según me fue relatado por algunas personas de Oacalco, la misma empresa que era dueña de la casa de ahorros abrió también una oficina de empleo, un pequeño “casino” y un equipo de fútbol, generando con esto varios empleos que beneficiaron a la comunidad y revitalizando por un par de años la economía de Yautepec. Sin embargo, la compañía y su dueño desaparecieron poco tiempo después y toda la gente que había invertido su dinero se quedó sin un centavo. Muchas personas invirtieron sus ahorros para la jubilación, otros incluso

vendieron coches y propiedades para invertir su dinero en el banco y beneficiarse de los altos intereses. Todos ellos fueron defraudados y hasta la fecha no han recibido una indemnización, aunque Saúl Chavelas Vargas fue encarcelado en 1995 (Rayón 1995:39).

Fue a raíz del cierre del ingenio y del fraude ya mencionado que Oacalco se vio en la necesidad e sumarse de manera abrupta al flujo migratorio hacia los Estados Unidos. “Vivimos años de mucha depresión y carestía todo mundo debía dinero y los intereses ya no eran pagables, no había más que pensar ‘vámonos a los Estados Unidos’” [*sic*], (Rayón 1995:40). Fue así como la gente, al principio hombres adultos y después con mayor frecuencia jóvenes y mujeres, empezó a migrar al país vecino. Para la gran mayoría, vivir del campo ya no era una alternativa viable, quizá porque estaban acostumbrados a trabajar en el ingenio y recibir un sueldo, o porque el hecho de volver a la vida campesina para ellos representaba un “retroceso”.

Con el paso de los años los primeros migrantes comenzaron a mandar dinero a Oacalco y con esto el pueblo vivió su segunda gran transformación, pasó de ser un pueblo industrial a un pueblo netamente comercial (Rayón 1995:41). Fue precisamente en este periodo (hace más o menos quince o dieciséis años) que Oacalco comenzó a experimentar la llegada de los primeros migrantes mixtecos provenientes del estado de Guerrero.

Fue así que, mientras la gente originaria de Oacalco y la región de Yautepec migraba a Estados Unidos abandonando sus tierras porque ya no veían otra alternativa para subsistir, los indígenas mixtecos llegaban para emplearse como jornaleros agrícolas o para subarrendar estas mismas tierras y, de este modo, se mantuvieron productivas. Lo que para unos ya no ofrecía ninguna posibilidad de subsistencia, para otros se convirtió en la esperanza de una mejor vida. Las familias mixtecas, que en su gran mayoría siguen sin poder comprar las tierras que cultivan, cada año rentan las parcelas de Oacalco para poder subsistir y han abandonado, a su vez, los campos de cultivo en sus comunidades de origen. Esta relación migrante indígena-migrante internacional que se establece a partir del arrendamiento de las fértiles parcelas de Oacalco se ha mantenido ya durante más de catorce años y ha resultado ser bastante beneficiosa para la gente de Oacalco, aunque no lo ha sido tanto para la gran mayoría de las familias mixtecas.

Tal y como proponen Concheiro y otros autores (2000), el cierre del ingenio de Oacalco y las subsecuentes transformaciones que esto provocó en la comunidad y en la región, es un fenómeno que debe ser entendido dentro de un marco mucho más amplio donde entran en juego diversos factores como son las

políticas neoliberales, las dinámicas de derechos territoriales y agrarios, las leyes del mercado de tierras y diversos programas de ajuste estructural y de estabilización económica. Sin embargo, aquí nos interesa solamente apuntar que el cierre del ingenio de Oacalco trajo como consecuencia por una parte la pérdida de una economía regional estable y, por la otra, la pérdida de una identidad que más adelante habría de verse claramente reflejada en el incremento de las ventas y en el arrendamiento de tierras (Concheiro et al. 2000:3).

En Oacalco, la quiebra del ingenio coincidió con la presión urbana e industrial que se ejerció sobre la región. El resultado fue una considerable venta de tierras y, en cierta medida, la pérdida de la capacidad de reproducción de las familias campesinas por sí mismas y de la comunidad en su conjunto (Concheiro et al. 2000:5). Esto se debió, principalmente, a la preeminencia de la lógica de mercado sobre la lógica campesina (Concheiro et al. 2000:12). Dicha lógica fue desplegada por las élites locales que buscaban y buscan todavía ganancias fáciles a corto plazo y, desde luego, fue alentada por el interés de actores externos a la comunidad, como son las constructoras y las compañías inmobiliarias.

Por supuesto, esta compraventa y arrendamiento de tierras por parte de actores externos a la comunidad ha producido una importante pérdida de territorialidad para la propia comunidad de Oacalco, que ha perdido el control del espacio físico necesario para su reproducción social. Esto es un hecho que se ve claramente reflejado en la creciente migración, interna e internacional, de gran parte de los jóvenes que actualmente han perdido acceso a la tierra (como lo han señalado Concheiro et al. (2000:14) para otras comunidades con características similares a las de Oacalco), y que además se hallan cada vez más alejados de la vida campesina y rural.

El creciente y muy lucrativo mercado de tierras para la construcción de fincas de lujo y fraccionamientos costosos ha encontrado en Oacalco, y en general en todo el municipio de Yautepec, un excelente exponente. Estos terrenos son sumamente atractivos porque son fértiles y cuentan con abundante agua, sin embargo, su venta ha provocado la fragmentación ejidal y la división injusta de los recursos, además de una grave escasez de tierras para cultivo y, por consiguiente, una fuerte alza en los precios de arrendamiento de las parcelas. Todo esto ha afectado sobre todo a las familias mixtecas migrantes asentadas en la comunidad y en la región, pues son éstas las que no cuentan con tierras propias ni con ningún otro capital de apoyo, a no ser, por supuesto, el dinero que envían los miembros que han migrado a los Estados Unidos.

Oocalco y la Migración Mixteca

Cuando vinimos pensaba que me gustaba allá pero me trajieron para acá... luego pensé que bien, que hacía harta calor. ¡Me baño y me baño y me baño!
En la mañana me baño, luego cuando llego de la escuela me baño y ya en la noche también. [...] Ora me gusta más acá, porque acá está bonito.
Allá en mi pueblo venden l'agua y acá no, acá es gratis y acá voy a la escuela.
(Artemio, 10 años)

La migración de las familias mixtecas a Oocalco comenzó hace aproximadamente quince años, pero es desde hace ocho o nueve que ha tomado fuerza y se ha incrementado. Las familias con las cuales realicé el trabajo



Figura 7. “Mis dos casas”
Baltazar, 7 años.

de campo están asentadas en diferentes lugares de esta comunidad, mismos que ellos identifican como “la nopalera”, “la virgencita” y “la secundaria”.

Al llegar a Oocalco, las familias mixtecas suelen alojarse con alguna familia emparentada o bien ocupan terrenos que parecieran baldíos, donde construyen sus

“jacalitos” con carrizo, cartones, algunas tablas y láminas de asbesto. Suele suceder que tiempo después aparece el dueño del terreno y les ofrece rentárselo. Algunas veces, si la familia tiene algún pariente en Estados Unidos o si son varios miembros adultos trabajando en Oocalco, cooperan entre todos para comprarlo. Sólo las familias que cuentan con alguien en EU que mande los recursos suficientes, construyen una casa de “piso”, pero todavía son pocos los que lo han hecho. Con gran frecuencia las casitas se localizan cerca de los terrenos que rentan para cultivar la fresa y siempre están lo suficientemente cerca de un apancle o un canal de riego para poder acarrear el agua para uso doméstico, para poder ir a lavar la ropa y bañarse. El apancle ha sustituido al río de su comunidad en todos sentidos, y también ha pasado a ser la principal diversión de los niños.

Estas familias son originarias del municipio de Metlatónoc, recientemente señalado como “el más pobre del país” por la ONU y el Gobierno Federal (ver Nemecio 2006, De la Cruz Chilpancingo 2005, Ocampo 2005, Sánchez Rebolledo 2005, Najjar 2003 y CDI 2005), ubicado en la Sierra Mixteca de Guerrero. Las familias que conocí y los niños con los que realicé el trabajo de campo son originarios de las comunidades de Atzompa y Yuvinani, ambas pertenecientes a dicho municipio.

El tiempo que estas familias llevan viviendo en Oacalco varía de los cinco hasta los doce o trece años, y todas ellas mantienen un vínculo todavía bastante fuerte con sus comunidades. La mayoría viven en núcleos domésticos conformados por un número de hasta

cinco casas en las cuales pueden vivir una cantidad muy superior de familias. Esto se debe a

diversas razones: matrimonios jóvenes que todavía no han podido construir su propia vivienda, porque una familia recibe en su casa a una mujer que ha quedado sola con sus hijos después de la partida de su esposo hacia los EU, o por la constante llegada de otras familias emparentadas provenientes de la Montaña que vienen a Oacalco para trabajar durante una temporada en el campo. Muchas veces es la familia huésped la misma que proporciona la oportunidad de trabajo. En ocasiones sucede que al término de la cosecha los adultos vuelven a su comunidad de origen, dejando en Oacalco a sus hijos menores para que asistan a la escuela. De esta manera, las familias están siempre ganando y perdiendo miembros.

La importancia de las redes familiares para la comunidad de los mixtecos migrantes de Oacalco es algo que salta a la vista. Aquellas familias que han logrado dejar su comunidad y se han asentado en Oacalco muchas veces son percibidas por los demás parientes que no lo han hecho como “más afortunados”, como una



Figura 8. “Mi casa de mi pueblo y mi casa de Oacalco”
Leticia, 11 años.

oportunidad de acceder al mercado de trabajo jornalero de Oacalco y de que sus hijos tengan una mejor educación y puedan aprender el español. La oportunidad que esto último les representa, junto con la falta de trabajo en sus pueblos, es la razón más importante que los mixtecos de Oacalco (niños y adultos) mencionan para explicar qué fue lo que los llevó a dejar sus comunidades de origen. Así lo explican los niños:

- Nosotros venimos porque allá no hay trabajo. Lo que más hay trabajo es el trabajo de hombre (Maribel, 8 años).
- Porque allá no teníamos mucho trabajo para trabajar, por eso nos venimos. Es que sí hay poquito nada más pero no pagan caro. Nosotros no tenemos dinero y ¿dónde vamos a traer? (Florentina, 12 años).
- Es que pensaron que ahí no hay comida. Tienes que comprar pero es muy cara, por eso no le gustaron estar allá, por eso me vine con mi mamá y con mi papá. Aquí hay trabajo pero allá en mi pueblo no hay nada que hacer. Algunos tienen hijos allá en EU y ellos mandan nomás, con eso se come, creo. Allá no hay nadie quien sembrar y tampoco no hay dinero para pagar a los otros personas. Allá siembran milpas y flores... de las esas amarillas del día de muertos, eso nomás (Rosalinda, 9 años).
- Es que allá en la escuela de allá no nos estudian bien, puro mixteco y así no nos vamos a aprender español y acá sí nos enseñan español y todo pero allá no. Por eso mi mamá se vino acá y acá también hay trabajo para que trabajen mis hermanos para que tengamos dinero y cómpremos cosas pa' comer (Valentina, 10 años).



Figura 9. De mi pueblo a Oacalco
Andrés, 8 años.

(Todas las citas en las que sólo menciono el nombre y la edad de los niños son transcripciones de entrevistas individuales en su gran mayoría, pero también de conversaciones colectivas, tanto dentro como fuera de la escuela, realizadas entre junio y septiembre del 2005)

Los niños saben perfectamente que trabajar es importante, pero lo es aún más estudiar. Así se lo han dicho sus padres, abuelos y demás familiares, y de hecho gran parte de las esperanzas de la familia recaen sobre esta posibilidad: “Nos vinimos porque aquí podemos estudiar. Es que en mi pueblo nomás es puro mixteco y no sabemos, no me gusta. Me dice mi papá que no hablemos mixteco” (Rufino, 9 años). No es que en sus comunidades no haya escuela, sino que los niños ya no quieren estudiar en ella. Esto se debe en parte a la influencia de los padres, que prefieren que sus hijos aprendan el español, y quienes dicen que la escuela de allá no “sirve” porque los maestros apenas hablan el español: “Me gustaba poquito que fueran las clases en mixteco... es que no nos enseña mucho español” (Ricardo, 11 años). “Yo ni estudié ahí porque no enseñan español” (Héctor, 9 años).

Para los padres, el aprendizaje del español es elemental para el desenvolvimiento personal y la supervivencia económica. Ellos, que no tuvieron la oportunidad de aprenderlo, han padecido una y otra vez las dificultades de no poder comprender ni comunicarse una vez que salen de sus comunidades. Además, como señala Marcela Ramírez (2001:77)

Para la población jornalera, el aprendizaje de lo básico no es un asunto trivial, sin perspectiva de futuro y sin trascendencia. Es un sector de la población que a pesar de sus circunstancias, sigue creyendo en la educación [...] esperan que la escuela les brinde los elementos necesarios para mejorar su calidad de vida.

Con frecuencia, los niños mixtecos se quejaron de que en las escuelas de sus pueblos los maestros les pegaban mucho y además no les enseñan bien, pues ni siquiera se quedaban para asesorarlos en las actividades dentro del salón:

A mi no me gustaba estudiar allá porque nomás nos ponían trabajo los maestros y se iban a tomar cerveza y si no terminamos van con un palo duro y nos pegan. Por eso yo no quise estudiar allá (Angelina, 12 años).

Las palabras de Ricardo y Raúl, dos hermanos originarios de Atzompa, explican muy bien la situación y la forma de pensar de las familias mixtecas:

- **Ricardo** (11 años): Allá no aprendemos bien porque los maestros no hablan español como ustedes, hablan como nosotros, mixteco, y no me gusta porque no nos enseñan bien español y mi papá quiere que aprenda español, por eso venimos aquí.
- **Raúl** (14 años): Mejor quiere que aprendamos español, por eso nos venimos. Además allá no hay trabajo. Mi papá antes trabajaba con la milpa. [...] Él quiso venir por nosotros, porque nos faltaba español, nos faltaba hablar español.



“Mi Pueblo”

Figura 10. Mercedes, 8 años

“Oacalco”

Este rechazo de los padres hacia su propio idioma, que ellos mismos denominan “dialecto”, ha sido justamente uno de los problemas a los que el personal de la primaria Emiliano Zapata se ha tenido que enfrentar cuando se empezó a trabajar con el tema de la interculturalidad. En cada sesión de trabajo nosotras les pedíamos a los niños mixtecos que hablaran, escribieran y cantaran en su lengua. Poco tiempo después, algunos padres fueron a quejarse con el

director de la primaria y muy enojados nos preguntaban por qué hacíamos eso si los niños iban a la escuela a

aprender el español y no a hablar mixteco. Daban como argumento que el mixteco “no sirve para nada” y que lo único que ellos querían era que sus hijos se olvidaran de él y se “superaran”. Al principio me quedé estupefacta, pero tiempo después supe que el término *tu'un davi*, que los mixtecos utilizan para referirse a su propio idioma, quiere decir “hablar feo”, según me dijo un día Samuel, uno de los niños de 6° año (ver también Kearney 1986:88).

Asimismo, supe también que el vocablo *Ñu'un davi*, con el que se designa en mixteco a la comunidad de Atzompa (palabra de origen náhuatl), quiere decir “pueblo pobre o feo”. Podemos ver entonces que en realidad nos estamos enfrentando con una serie de nociones culturalmente establecidas que nos remiten a determinadas representaciones sociales negativas o despreciativas, las cuales, como veremos más adelante y a lo largo del texto, se ven totalmente reflejadas en los niños y repercuten no sólo en su autoestima, sino en la percepción que tienen de su origen étnico, de sus pueblos y de las cosas que ellos hacen. Todo esto, además, está íntimamente relacionado con la percepción y las



Figura 11. Flavia, 8 años
“Mi Pueblo” “Oocalco”

representaciones que ellos tienen de otros niños (como los de Oocalco y los norteamericanos, por ejemplo), de la importancia de hablar español o del hecho de haber salido de sus pueblos, abandonando su condición de pobreza, y vivir en Oocalco para aprender español, estudiar y “superarse”.

La mayoría de los niños mixtecos no piensan en establecer un equilibrio entre las dos lenguas que ahora saben, ni las perciben en un plano de igualdad. En cambio, piensan siempre en la sustitución de una por la otra: del español por el mixteco, aún cuando esto implica que ya no puedan comunicarse con sus familiares. Salir de sus comunidades, para muchas familias significa la posibilidad de romper con su lengua materna como una manera de “superarse” y llegar a “ser alguien”. Desde luego, esto implica también la negación de su

propia identidad originaria y comunitaria, lo cual habrá de acarrear importantes consecuencias para la identidad personal y la autoestima de los niños, como veremos más adelante.

No obstante, aún cuando los padres de estos niños desean que ellos tengan una vida diferente a la suya y un “mejor futuro”, y aún estando convencidos de que para conseguir esto sus hijos deberían de dejar de hablar una lengua que los vuelve sujetos de discriminación y/o señalamiento, los niños no han podido olvidar su identidad ni su lengua, aún si muchas veces también ellos lo desean, y sus comunidades de origen siguen siendo una presencia permanente en sus vidas y su imaginario. Tan es así que, cuando yo les pedía a los niños que me dibujaran “su casa” o “su pueblo”, la gran mayoría no pudo decidirse entre Atzompa o Yuvinani y Oacalco, así que dibujó ambos. Los dibujos de Baltasar (figura 7), Florentina (figura 8), Andrés (figura 9), Mercedes (figura 10) y Flavia (figura 11), nos muestran la huella que la emigración ha dejado en los niños al representarnos, unidas por un camino, las dos comunidades que ahora estos niños consideran “sus pueblos”: Atzompa y Yuvinani en la Montaña de Guerrero, lugar donde nacieron y que todavía recuerdan y añoran; y Oacalco, donde han vivido la mayor parte de sus vidas.

La Ruta de la Migración Jornalera

Cuando yo’staba chiquita vinieron a Ensenada, ahí estuvieron y ahí dicen que no había nadita de agua y que allá pagaban muy poquito, por eso mi tío el más grande se vino. Vino a ver si estaba bien para que se vinieran todos para acá.
(Leticia, 11 años)

La ruta de la emigración de las familias mixtecas de Guerrero no comprende solamente Metlatono y Oacalco, casi todas las familias antes de asentarse en esta última han pasado varias temporadas en los campos jornaleros del norte del país, principalmente en los de Sayula, Culiacán, Ensenada y San Luis Potosí. En ellos solía trabajar toda la familia durante los meses que duraba la temporada de cosecha y al finalizar ésta, se trasladaban a otro estado o bien regresaban a sus pueblos.

La situación de las familias mixtecas (de los niños principalmente), durante la estadía en estos campamentos no sólo es de una alta vulnerabilidad y marginación, sino también de una gran peligrosidad (ver Nemecio 2006, Sánchez 2001, Cos-Montiel 2001 y Contreras 1999). Entre las familias mixtecas abundan las historias sobre niños trabajadores intoxicados por los pesticidas, de bebés en peligro de ser arrastrados por las máquinas mientras duermen a la sombra de las plantas de chile o de jitomate o que son dejados al cuidado de

sus hermanos mayores, de apenas seis o siete años, y por accidente caen al canal de riego o están a punto de ser atropellados por los camiones que transportan la cosecha. En estos lugares los niños no tienen acceso alguno a la educación y el trabajo es excesivamente pesado (y no sólo para ellos), además de mal pagado e inestable, pues dura sólo seis meses. Durante este tiempo las familias deben vivir en galiones que comparten con otras cuatro, cinco o hasta seis familias. Sólo en algunos lugares se les da un pedazo de tierra para que ellos mismos, con plástico, pedazos de lámina y carrizo, construyan sus viviendas que, por supuesto, no cuentan con servicio alguno de agua, drenaje o luz, ya no digamos con sanitarios.

Como señala Kim Sánchez (2001:91), “los vínculos de parentesco, amistad y paisanaje entre familias migrantes constituyen un espacio social privilegiado para mantener o generar relaciones sociales, de solidaridad y apoyo recíproco mientras se encuentran fuera de sus pueblos”. Redes que son absolutamente fundamentales a la hora de decidir si van a asentarse permanentemente en un lugar o no.

La bibliografía sobre jornaleros agrícolas es relativamente abundante, sin embargo desafortunadamente mucha de ella se enfoca sobre todo a presentar cifras, estadísticas y resultados de censos sin estudiar a fondo la estructura ni la naturaleza de la problemática y mucho menos a presentar soluciones viables, multidisciplinarias y realistas. Esto suele ser más frecuente, sobre todo, en los textos producidos por instituciones de gobierno como SEDESOL, SEP o PRONJAG (Programa Nacional de Jornaleros Agrícolas). Peor aún, dentro de esta bibliografía las publicaciones que tratan el tema de los niños jornaleros son muy escasas, y ya ni se diga de las que tratan de los niños jornaleros indígenas.

Aunque no se puede llamar propiamente niños jornaleros al conjunto de niños mixtecos de Oacalco, pues sólo algunos de ellos trabajan jornadas completas y reciben una paga por parte de un patrón, mientras que el resto trabaja para sus familias (a veces también jornadas completas) y raras veces reciben una remuneración (que si acaso alcanzará los diez pesos), no obstante aún a aquellos que no reciben un pago por su trabajo se les puede considerar “niños trabajadores”, si tomamos en cuenta que la OIT define al trabajo infantil como el “conjunto de actividades que implican la participación de los niños en la producción y la comercialización familiar de bienes no destinados al autoconsumo y la prestación de servicios a personas naturales o jurídicas” (en Barreiro 2001:150), que en el caso de los niños mixtecos pueden ser familiares o paisanos.

Aún siendo así, quisiera abordar brevemente el tema de la niñez jornalera indígena migrante por la relación que guarda con la presente investigación y porque es un tema de gran importancia que desafortunadamente ha sido muy poco trabajado.

Los jornaleros agrícolas migrantes son trabajadores, hombres y mujeres que se desplazan desde sus hogares de origen a diferentes regiones del país para emplearse en la cosecha de distintos productos [...] Por sus condiciones de vida y trabajo, conforman un sector de la población que se encuentra al margen de los mínimos de bienestar en materia de salud, educación y vivienda, entre otros (Ramírez 2001:57).

En un reportaje del 20 de septiembre de 1999 en la Gaceta Universitaria, Claudia Contreras (1999) nos proporciona un breve pero completo e inquietante panorama de la situación de la niñez indígena en los campamentos agrícolas de Jalisco que bien puede servir de muestra y ejemplo. Contreras afirma que en esta entidad al menos el 50% de los trabajadores agrícolas son menores de edad y que niños de hasta ocho años cumplen con jornadas que van de las seis de la mañana a las cinco de la tarde por 53 pesos al día, y en ocasiones sin recibir pago alguno puesto que a los niños “los incluyen en la raya de los padres” (Contreras 1999). Esto sucede aún cuando la Ley Federal del Trabajo establece que la jornada laboral para los menores de 16 años no puede exceder las seis horas diarias (Guerra 2004).

Se estima que a Jalisco llegan alrededor de 30 mil jornaleros agrícolas cada temporada. El 60% de éstos pertenece a las etnias tlapaneca, nahua y mixteca, por lo que de cada ocho, sólo dos hablan castellano (Contreras 1999). Éste es tan sólo un caso entre cientos que existen en México. Las estadísticas de la población jornalera del país fluctúan y pueden variar según el organismo o institución que las presente. Reyes de la Cruz (2002:4) dice que en México el 1% de la población nacional está catalogada como jornalera agrícola, es decir, un millón de personas aproximadamente, lo cual puede estar bastante lejos de la realidad. Cos-Montiel (2001:19), por otra parte, nos dice que el número de familias jornaleras son poco más de un millón, es decir que estaríamos hablando de cerca de 5.2 millones de personas. Alejandra Villalpando (2005:21), coordinadora del Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas (PAJA) en Hidalgo, dice que las cifras oscilan entre los 2.2 y los 6.5 millones. Finalmente el PRONJAG dice que son alrededor de 3.6 millones de jornaleros agrícolas migrantes, de los cuales 1.2 millones corresponden a niños y niñas menores de 18 años (Poder Ejecutivo Federal y SEP 1996:46). Lo que sí es un hecho es que, debido a la heterogeneidad y a la alta movilidad espacial de esta población, en realidad resulta sumamente difícil elaborar cálculos precisos sobre el volumen total de jornaleros agrícolas en México (Sánchez 2001:80).

De acuerdo a un estudio elaborado por las Secretarías de Trabajo y Desarrollo Social, en México existen 900 mil niños jornaleros que trabajan en las plantaciones de exportación, de los cuales más de una tercera parte tienen entre seis y 14 años, es decir que representan casi el 27% de la fuerza de trabajo empleada en el sector agrícola de exportación (Cos-Montiel 2001:19 y Ramírez 2001:58). En los campamentos agrícolas, los niños jornaleros están expuestos no sólo a una flagrante violación de sus derechos humanos a causa de jornadas extenuantes y salarios miserables, sino también a una multiplicidad de enfermedades de las cuales las más comunes son las gastrointestinales, las respiratorias agudas, virales y, por supuesto, no hay que olvidar la constante presencia de la anemia y la desnutrición.

En Sinaloa, según el diagnóstico de salud realizado entre la población jornalera, se encontró que los niños jornaleros tienen una tasa de mortandad que supera en un 24.4% a la media nacional, siendo algunas de las principales causas la malformación congénita y las enfermedades respiratorias e infecciosas. Por si fuera poco, entre la niñez indígena jornalera la situación parece empeorar todavía más, pues ésta presenta niveles de desnutrición y rezago en el desarrollo físico e intelectual muy superiores a la media nacional (Reyes de la Cruz 2002:10-11). Si a esto añadimos que los niños y jóvenes jornaleros indígenas tienen un prácticamente nulo acceso a la educación (por falta de instalaciones, de maestros bilingües, de material didáctico y de planes curriculares, entre otros), podemos ver entonces que la etnicidad está actuando como un factor de suma vulnerabilidad para los niños trabajadores indígenas.

La situación actual de la población jornalera migrante es resultado de una compleja trama de factores económicos, políticos y sociales tanto nacionales como internacionales sin cuya contemplación y análisis difícilmente podrá generarse una solución. Una respuesta eficaz y duradera a estos problemas requerirá grandes cambios estructurales que sólo pueden darse en el marco de reformas legales y transformaciones macroeconómicas, sin embargo, para que estos cambios puedan suceder, primero habrá que crear conciencia y realizar un serio replanteamiento sobre cuáles han sido en cada país los motivos y los procesos que han llevado a esta enorme porción de la población a tales situaciones de marginación y pobreza.

Según el planteamiento de César Manzanos (2002), primero hay que “desmitificar” los motivos, los procesos y las conceptualizaciones generadas en torno a ciertos temas como los de la migración infantil y el trabajo jornalero, pues lo único que han hecho ha sido crear y perpetuar estrategias y formas de “invisibilizar” la verdadera naturaleza de la problemática y solamente han contribuido a “desarrollar políticas de infancia y

proclamas legislativas meramente simbólicas”, que incluso se han convertido en parte de las “estrategias de encubrimiento”. Esto, en cierta medida, explicaría por qué los programas gubernamentales y las estrategias institucionales no sólo se han mostrado ineficaces para frenar el incremento exponencial de la violencia y explotación de la infancia, sino que incluso han llegado a formar parte del entramado de reproducción de estas mismas problemáticas (Manzanos 2002:3).

Según Manzanos:

La hiperexplotación, que se ceba especialmente en las mujeres, en la infancia y en la adolescencia, no es consecuencia de la pobreza [...], sino [de] una necesidad del actual sistema mercantilista, y está organizada por agentes sociales reales [...] Por tanto son perfectamente identificables sus autores y las zonas de producción libre donde crean las condiciones para esta hiperexplotación. Realidades como la explotación y el esclavismo infantil no son el resultado del concepto abstracto, ambiguo, polivalente y ambivalente de “globalización”, sino de la iniciativa de sujetos sociales reales identificables. Son entidades financieras y empresas productivas las que necesitan de la explotación infantil para revitalizar permanentemente sus tasas de ganancia, con la complicidad de las administraciones que desarrollan una estrategia subsidiaria a la iniciativa empresarial directa y se olvidan de su función de protección social (Manzanos 2002:5).

En el caso de México, como señala Kim Sánchez (2001:81), el origen del problema de la explotación infantil se encuentra relacionado a los ajustes que han tenido que generarse en la economía del país para que ésta pueda integrarse a la economía global y se vuelva competitiva en los mercados internacionales. Esto, aunado a las transformaciones económicas y sociales producidas en el sector de los mercados laborales agrícolas a partir de los años 80, han profundizado la dependencia de las familias rurales del trabajo asalariado. Entre los cambios más significativos que reflejan esta nueva “fase de integración” a la economía globalizada está el

impulso de un nuevo modelo de desarrollo rural que privilegia la agricultura empresarial de exportación de cultivos no tradicionales, cuya expansión obedece al desarrollo de mercados internacionales muy competitivos. Además, el mayor control de los recursos productivos del sector agropecuario en manos de capitales privados (con activa participación de empresas transnacionales) ha sido posible en virtud de la aplicación de políticas neoliberales que propician la desregulación de los mercados rurales (Sánchez 2001:81).

El resultado de todo esto, como apunta Sánchez (2001), han sido por una parte una enorme polarización social que ha repercutido seriamente en las condiciones de vida de los trabajadores rurales, y por la otra, una creciente incorporación de indígenas, mujeres y niños a las corrientes migratorias y a las relaciones injustas de trabajo asalariado, así como el aumento significativo de la migración familiar.

La economía mexicana presenta una gran paradoja: en cuanto más se moderniza, genera mayor demanda de fuerza de trabajo manual. La agricultura presenta, por esta vía, una gran capacidad para generar trabajo eventual, de forma fragmentaria y en nulas condiciones laborales. Si bien es cierto que contribuye a dinamizar el empleo agrícola temporal, también lo es que las condiciones en que genera ese trabajo no solucionan el problema del empleo agrícola permanente ni contribuye a solucionar la pobreza de las familias campesinas (González Román 2004:2).

En este sentido, la masiva presencia de mano de obra femenina e infantil, así como el aumento de población indígena en los mercados agrícolas, revela la incorporación de nuevos grupos sociales que constituyen sujetos *ad hoc* para una política laboral que supone la desvalorización del precio de la fuerza de trabajo (Lara 1991:109), pues como bien revela la evidencia empírica en términos globales, es en las actividades poco calificadas y con remuneraciones más bajas, donde se concentran los trabajadores migrantes en su mayoría indígenas (Sánchez 2001:83).

La inmensa mayoría de los migrantes jornaleros indígenas de México provienen de pequeñas localidades dedicadas a la agricultura de subsistencia, localizadas a lo largo y ancho del país, y que presentan altos índices de marginación, sin embargo los principales estados expulsores son Oaxaca y Guerrero. En este último la región de la Montaña es la principal expulsora de indígenas jornaleros (Sánchez 2001:85).

Como ya se vio antes con los ejemplos de los niños mixtecos de Oacalco, el mercado de trabajo asociado a la producción hortofrutícola constituye una de las principales fuentes de empleo de los jornaleros migrantes y es justamente ahí donde se concentra el mayor número de niños. Cabe enfatizar además, que el auge en la exportación de esos productos está directamente relacionado con un aumento en la demanda en los Estados Unidos (Sánchez 2001:86). Capitales tanto nacionales como extranjeros que invierten en este tipo de explotación agrícola en México, están obteniendo ganancias millonarias a expensas del bajo costo de la mano de obra y de la explotación infantil. Tan sólo en el Valle de San Quintín se calcula que se emplean alrededor de cuatro mil menores durante la temporada alta, siendo su ingreso promedio semanal de 40 dólares, lo cual representa un aporte económico realmente significativo para las familias (Sánchez 2001:88).

Muchas veces, a las familias indígenas no les queda otra alternativa para subsistir que migrar y emplear a todos sus miembros en actividades agrícolas mal pagadas y desarrolladas en condiciones miserables. Si creemos que con los programas, francamente ingenuos, de desmotivación y desaliento del trabajo infantil que promueve el PRONJAG a través de su programa “Proceder”, cuya base es la “concientización” y la difusión sobre los derechos del niño, para convencer a los padres de que no hagan trabajar a sus hijos (PRONJAG 2002), entonces estaremos cada vez más lejos de lograr eliminar las verdaderas causas de la marginación, la pobreza, la desnutrición y la explotación infantil.

Si seguimos creyendo que con simplemente tratar de desalentar el trabajo infantil como “parte de un proceso gradual y continuo en el que los actores involucrados deben convencerse del derecho que los niños

tienen de no trabajar y de que eso es necesario para su sano desarrollo” (PRONJAG 2002:3), sin reconocer que el verdadero obstáculo para el “sano desarrollo” de los niños no el trabajo que los niños realizan en sí, sino las condiciones de explotación, pobreza, vulnerabilidad, marginación y discriminación a las que están sometidos durante el desempeño de dicho trabajo. Satanizar el trabajo infantil no es sino uno más de los “mitos” que sólo nos llevan a dar soluciones falaces e inadecuadas a problemas cuyas causas están siendo “invisibilizadas” (Manzanos 2002) y, de esta manera, perpetuadas. Terminar con el trabajo infantil ‘porque sí’ no es de ninguna manera la solución a los verdaderos problemas que aquejan a la población infantil migrante, indígena y no indígena. Al pensar esto no estaremos más que evadiendo, una y otra vez, los motivos reales, las problemáticas específicas y las acciones urgentes que esta cuestión que tanto daño causa a la infancia de México implica y requiere.

Trabajando con los niños mixtecos de Oacalco pude darme cuenta de que los niños conocen bien sus derechos (quizá porque han tenido acceso a la educación de la que muchos niños en campamentos jornaleros carecen) y aún así afirman que para ellos trabajar, lejos de representar la violación a un derecho, es una obligación moral para con sus familias, que han tenido que dejar su tierra y su pueblo a causa de la pobreza para intentar darles a ellos un “mejor futuro”. Ellos dicen que prefieren mil veces trabajar y aportar algo al ingreso familiar que pasarse las tardes jugando o no haciendo “nada”.

Como bien afirma Manzanos (2002:16), el trabajo infantil es un concepto sumamente tendencioso puesto que existen diversas acepciones del mismo, y porque existe la costumbre de identificar al trabajo infantil del que hemos hablado aquí, es decir el que genera condiciones de alta marginación y explotación, con el trabajo que realiza la infancia perteneciente a culturas indígenas y/o rurales donde el trabajo de niñas y niños es una costumbre y una necesidad y, por lo tanto, algo natural, además de que constituye un aprendizaje fundamental en el proceso de socialización y enculturación de los infantes. Según este autor, al equiparar este tipo de trabajo rural-campesino con el trabajo que explota a la infancia y querer, por lo tanto, erradicar todo tipo de trabajo infantil, en realidad no se está queriendo prohibir la explotación infantil, pues eso ya lo hace el artículo 5 de la Ley Federal del Trabajo, sino que en realidad se trata de mejorar las condiciones en las que se realiza este trabajo mediante políticas asistenciales y complementarias de la explotación.

Fresa *Kua'ari*

Si hubieran fresas allá en mi pueblo, todos iban a trabajar.
(Valentina, 10 años)

La primaria Emiliano Zapata tiene un “Coro Intercultural” que canta una canción en mixteco titulada “Fresa *Kua'ari*”, que fue escrita por Epifanio, uno de los niños mixtecos de Yuvinani, de 10 años de edad. La canción, según me ayudaron a transcribir y luego a traducir los niños mixtecos va más o menos así:

*Fresa kua'ari
Dachi ñu,u itarí
Yurashi yurii yeyu*

Y dice: “Fresas rojas, a la puerta de mi casa, crecen y florecen bajo el sol” (me disculpo si hay algún error de traducción o de escritura, pues no cuento con los conocimientos suficientes sobre el mixteco de Guerrero para poder hacerlo bien). Epifanio compuso esta canción cuando le pidieron que escribiera algo sobre su vida en Oacalco, entonces él recordó los campos de fresa que rodean su casa y donde su mamá solía trabajar.

El cultivo de la fresa es algo indisociable de las familias mixtecas de Oacalco, casi la totalidad de éstas han encontrado en él su modo de subsistir, algunas rentando las parcelas y

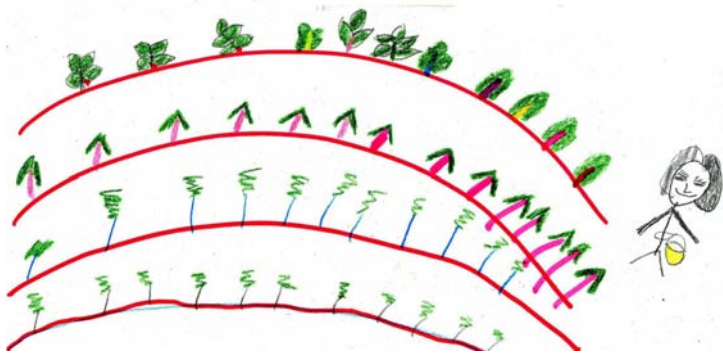


Figura 12. “Campo de fresa”.
Rosalinda, 9 años.

cultivándolas ellos mismos y otras empleándose como jornaleros con parientes y paisanos. Al finalizar la temporada de la fresa los hombres se emplean en el cultivo o cosecha del pepino, elote, jitomate o gladiola en Oacalco y sus alrededores. Sólo un par de mujeres que se quedaron solas luego de que sus maridos emigraron a los EU, se emplearon en tortillerías o en casas particulares en Yautepec.

Cuando sembrábamos fresas yo sí trabajaba, me tocaba limpiarlas y sacar basuras, eso estuve haciendo, pero como ya no sembraron pues ya no. Es que a veces se hace mucha cuenta con esas fresas porque si no tenemos le pedimos prestado a otros señores y luego no nos alcanza para nada y por eso mejor ya no sembramos (Rosalinda, 9 años). (Ver figura 12)

El cultivo de la fresa requiere una gran inversión, de hasta 20 ó 40 mil pesos, dependiendo del número de tareas que se cultiven y, por lo tanto, de un gran endeudamiento que sólo puede ser enfrentado por la familia extensa o por varias familias juntas. Por lo que pude ver, muchas veces quien les presta el capital

necesario es la misma persona que les compra las fresas después de cada cosecha, un hombre al que ellos llaman afectuosamente “Chabelo”, y que es quien recoge la cosecha en su camioneta y vende una parte de las fresas en la frutería que tiene en Yautepec. Según me platicó él mismo, ha mantenido una estrecha relación con algunas familias mixtecas desde hace más de quince años.

La hermana de “Chabelo”, que es quien lleva la frutería me explicó que cuando la fresa llega a su costo más alto ellos compran la canasta a 60 pesos cada una y venden el kilo a 25 pesos en su tienda. Si pensamos que cada canasta pesa entre 9 y 13 kilos entonces está ganando entre 225 y 325 pesos por canasta, sin contar lo que ella paga por ella, y suponiendo que las fresas no se echen a perder. Cuando el precio de la fresa cae entonces se pagan tan solo 25 ó 30 pesos por canasta y la señora vende el kilo a 7 pesos. En este caso la ganancia es de entre 63 y 91 pesos por canasta.

Es difícil ese trabajo de la fresa, me canso mucho... pero me gusta porque ayudo a mi primo Serafin, el sábado me voy la mañanita y vengo como a la una, me da diez pesos (Casimiro, 10 años).
(ver figura 13)

Durante la época de cosecha la mayoría de los niños mixtecos asiste a la escuela por las mañanas y trabaja en los campos por las tardes y los fines de semana. La mayoría lo disfruta y los más grandes se sienten muy orgullosos de sí mismos, por poder ganar su propio dinero o por estar ayudando a su familia. Tal es el caso de dos hermanos que nacieron en Atzompa: Bernardino de 11 y Catarino de 7 años, ambos viven junto con su mamá y sus dos hermanitos menores en casa de Eusebia, desde que su papá se fue a los Estados Unidos.

- **Bernardino:** Nosotros no tenemos tierra, por eso trabajamos con la familia de Eusebia. La fresa se corta así, con un poquito de palo tiene que quedar...
 - **Catarino:** ¡luego la echo en la canasta!
¿Cuántas canastas llegan a cortar?
 - **Catarino:** ¡una!
 - **Bernardino:** yo cuando muchas cuatro, o muchas.
 - **Catarino:** ¡yo hasta lleno la canasta!
¿Y qué más saben hacer, qué otra fruta saben recoger?
 - **Catarino:** ¡pepinos y fresas!
 - **Eusebia:** yo jitomates.
 - **Catarino:** ¡fresas, pepinos y jitomates!
 - **Eusebia:** ahorita ya sembraron pepinos.
 - **Catarino:** ¡allá trabajo!
- (Eusebia, 11 años, Bernardino, 11 años y Catarino, 7 años. Oacalco: 22/junio/05)



Figura 13. “Planta de fresa”
Casimiro, 10 años.

Aunque la participación de Catarino no es, en términos productivos, una gran aportación, tanto él como Bernardino, que participa en la cosecha desde que era pequeño, se toman su trabajo muy en serio porque saben que ahora son los “hombres de la casa” y que están a cargo de su madre que está embarazada y de sus dos hermanitos: Sergio de 3 años y Augusto de 1 año.

Mientras continuamos con la conversación se oye el llanto persistente de un bebé dentro de la casa de Eusebia, luego de un par de minutos Bernardino se levanta y entra para salir poco después con Augusto en los brazos, que poco a poco va dejando de llorar. Sergio se asoma curioso, con la cara y las nalguitas desnudas y sucias de tierra. Entonces Eusebia le pregunta: “¡Sergio! ¿dónde está tu papá?” y Sergio contesta: “¡papá note!, chapato nuevo”. “Es que apenas le mandó zapatos de allá”, me explica Bernardino. “No está” añade Sergio, pronunciando con dificultad. Más tarde, la conversación cambia de rumbo y hablamos de la cosecha de las fresas. Eusebia, de apenas 10 años, me cuenta:

Siempre voy a ayudar a mi hermano grande, a quitar toda la hierba de las fresas, me dice que trabaje mucho. Tenemos que sacar la hierba, luego les llevamos la comida. Vamos en la mañana a las 7 y regresamos a comer acá a las 10 y luego nos volvemos a ir, hasta la tarde venimos [...] No nos pagan, a mi mamá sí y con eso va a pagar la escuela.

A pesar de su corta edad, Eusebia conoce muy bien todos los pasos de la siembra, cuidado y cosecha de la fresa:

Yo aprendí solita... ¡me enseñó mi papá! Es que mira, aquí está la fresa y primero hay que hacer rayitas y ya ponemos abono, abono, abono... es un bolita así, y ése da flores. Y ya que da flores ya da fresas. Sirve para que no lleguen los gusanitos que se comen su raíz de la fresa y con eso ya se mueren. Yo también ayudo a veces, orita fui a ver cómo está. Mi mamá lo agarra con las manos [el abono] y lo va poniendo. Cuando no hay fresa ayudamos a los otros a cortar la hierba y luego ellos también vienen a ayudarnos a nosotros (Eusebia, 10 años).

Ella también tiene a su papá en EU y a Marta, su hermana mayor. Eusebia no sabe exactamente dónde están, pero ha oído que trabajaron en una “fábrica de pollos” (empacadora de pollo) primero, y en una fábrica de discos después.

Cuando la siembra es llevada a cabo por la familia extensa, los niños suelen trabajar sin recibir pago alguno pues generalmente van acompañando a sus padres o a su madre y su participación se cuenta como parte del trabajo de ellos. En el caso del cultivo de la fresa, los niños participan incluso desde la edad de siete u ocho años. Sus labores comprenden desde tareas sencillas como el hacer tortillas, llevar agua y comida para el almuerzo o cuidar a los hermanitos más pequeños, en el caso de las niñas, y cuidar los campos, transportar y acomodar las canastas vacías en el caso de los niños. Desyerbar o mantener el campo libre de “basura” y cosechar la fresa suele ser tarea de los niños de ambos sexos, sobre todo de los que tienen de once

años en adelante. Además de esto, los niños varones suelen participar en ciertas ocasiones en las tareas de riego y fumigación, que suele realizarse sin protección alguna para cara o manos.

Mercedes es la hermana menor de Eusebia, y tiene tan sólo 8 años pero su participación durante toda la temporada de siembra y cosecha de la fresa es fundamental porque es ella quien se ocupa de cuidar a los niños pequeños y a los bebés en la pequeña chocita que se construye para resguardar del sol las canastas llenas de fresas durante los días de cosecha. Maurilio, Peuro, Sergio, Augusto, Virginia (que tienen de uno a cinco años de edad) y Catarino, siempre andan por ahí jugando y metiendo en problemas a la paciente Mercedes, que con un bebé envuelto en un rebozo atado a la espalda trata de poner orden. De vez en cuando, Catarino recuerda su papel de “trabajador” y se acerca a los surcos a ayudar a su hermano y a su mamá, que lo mira con ojos de ternura, y se pone a cortar unas cuantas fresas, comiéndose la mitad en el transcurso.



Figura 14. “Planta de fresa y trabajadores”.
Angelina, 12 años.

En una ocasión que platicábamos en el patio de su casa, Amalia, que originaria de Yuviani y lleva 8 años viviendo en Oacalco, me contaba:

- **Amalia:** ¡Aquí nomás la fresa!, nomás este mes y julio y agosto y ya va a empezar otra vez el trabajo.
- **Epifanio:** El que siembra es el que da el trabajo.
- **Amalia:** A veces vienen de Guerrero pero no mero de nuestro pueblo, poco cambia su idioma pero sí entiendo. Ellos siembran y nosotros trabajamos, pero pagan poco. Nomás 80, 85 por el día, de las siete a las dos.
¿Como cuántas canastas llena usted?
- **Amalia:** No las cuentan. Si hay mucha fresa llenan mucho y si no, poquitas.
¿También van niños a trabajar allá?
- **Amalia:** No, porque ellos pagan el día y no es contrato. Si es contrato todos los niños pueden ir, pero ellos pagan nomás de siete a dos de la tarde y va puro grande, los niños no se va a poder... no aguantan, por eso no dan trabajo a los niños. Antes sí había de contrato, dos pesos o 2.50 cada canasta, pero ahora ya no, iba toda la familia junta.
- **Epifanio:** ¡Y la canasta cuesta sesenta!
- **Amalia:** Ellos la venden a 60 pesos
(Conversación en casa de Amalia, Oacalco: mayo/05).

El esposo de Amalia migró a Alabama hace casi cinco años, pero hace ya más de dos que no lo ve ni recibe dinero de él. Para ella es imposible rentar una parcela y cultivar la fresa por sí misma porque tanto su marido como su hermano mayor, su padre y su cuñado están en Alabama. En Oacalco se quedaron Amalia y sus cuatro hijos (Miguel, Rodolfo, Delfina y Neftalí), su hermana Rafaela y sus cuatro hijos (Maribel, Epifanio, Griselda y Ezzequiel) y Aurora, su madre, con otros cuatro hijos también. La unidad doméstica se ha quedado sin los hombres que se hagan cargo de pedir los préstamos, rentar las parcelas, comprar abonos y pesticidas y dirigir las tareas de limpieza, siembra y cosecha. En consecuencia, tanto Amalia como Rafaela tienen que emplearse con otras personas para poder completar sus ingresos.

En otra familia originaria de Atzompa, se repite una historia similar. Aún cuando los hermanos mayores se encuentren trabajando en Estados Unidos, el dinero que mandan está lejos de ser suficiente para mantener a toda la familia y por lo tanto es indispensable que ésta mantenga el cultivo de la fresa. En una ocasión Valentina me explicaba cómo ella y sus hermanos ayudan a sus hermanos mayores en esta tarea:

[Yo] les voy a ir a dejar canastas allá, a donde necesitan más canastas. También Casimiro y también Cristina [de diez y cuatro años de edad]. Cuando yo no voy a la escuela yo también voy a ir a dejar tortilla para que coman ellos [...] Sí me gusta ir porque es muy bonito, voy a ir a ver cómo hacen para cortar con sus manos. Es que mi hermano Serafín cuando ya todos tienen trabajo ya él va a buscar los que quieren trabajar, pero como ya no hay nomás trabaja solito con mi hermano Fidel y nosotros le ayudamos (Valentina, 10 años).

Florentina, miembro de otra familia más de Atzompa, me cuenta de cuando su familia también sembraba fresa:

- Ya no voy a la fresa... hace tres años trabajé en la fresa pero ahora ya no. Ya nadien siembra. Antes mi papá la sembraba, por eso trabajé, pero ora ya se fue al norte.

¿Y te gustaba?

- No porque se cansa mucho. Mi hermano Beltrán [8 años] él sabe mucho trabajar porque él trabajó tres años. Él está cortando el fresa y está sacando el hoja de la fresa y saca el mano de la fresa. Eusebia también trabaja, y cuando ella no quiere ir a trabajar su hermano el más grande le pega (Florentina, 12 años).

La familia de Florentina es una más de las familias a las que el cultivo de la fresa no les fue suficiente para subsistir y cubrir sus gastos. Su papá migró a EU hace unos cuatro años, un año después se fue su hermana mayor y su mamá los alcanzó el año pasado, pero no es la primera vez que se va. Florentina y sus tres hermanos viven con su abuelita, que en realidad es quien siempre los ha cuidado.

Aunque no todos los niños disfrutaban el trabajo en los campos de fresa porque se les hace muy pesado, porque hace mucho calor, porque les da calentura o porque se cansan, otros ni siquiera se lo plantean y trabajan a la par de sus padres (aunque con menores cargas de trabajo) en los campos de otras familias.

¿Te gusta ir a la fresa Artemio?

- ¡Sí, y ya las fresas están grandototes, están bien dulces!

¿Y van otros niños?

- Sí, también van otros niños, pero no los conozco.

¿Y te pagan?

- Sí, el papá de Eusebio me paga 100 y a mi papá 120.

También sabes trabajar con flor, ¿verdad?

- Sí, pero me gusta más la fresa. Es que la corto y allá te dan de comer y con la flor no, allá compramos. El señor va a ir a traer la tortilla y le mandamos el dinero y la comida me la da mi mamá, me da frijol y arroz, voy con mi papá. Allá nos pagan igual, pero allá no hay niños, nomás yo.

¿Cuántas fresas le caben a la canasta?

- Mmm, cada canasta pesa como 13 ó 15 kilos. ¡Un día me la puse aquí encima y me caí, todas las fresas se me regaron! (risas)

(Artemio, 10 años)

Artemio (ver figura 15) tiene once años y es un niño fuerte, muy inteligente y tranquilo. En la escuela suele ser callado, siempre mirando lo que sucede a su alrededor con sus bellísimos ojos mixtecos, sus grandes ojos negros que revelan ternura y curiosidad. Con ellos, Artemio mira, siente y comprende todo lo que sucede a su alrededor y a veces, cuando estamos a solas, me lo cuenta, me explica y me enseña. Con esos ojos, Artemio me cuenta cómo es su vida y de qué está hecha, qué se siente y qué se aprende de esa vida, con sus ojos él me ha enseñado. El caso de Artemio ilustra muy bien lo que la participación de estos niños representa para la subsistencia familiar:

- Mi mamá ya se fue a trabajar. Yo también mañana me voy a ir a trabajar, allá con la gradiola. La limpio, saco basura, sí me pagan, me pagan ciento [cien pesos].

¿Yes mucho o poquito?

- Poquito

¿Te deberían pagar más?

- Sí, ciento veinte. [A] mis papás [les] pagan ciento veinte. No sé por qué a mi nomás ciento, dice: “a los niños nomás les pagan cien”, así dice.

¿Y qué haces con ese dinero?

- Se lo doy a mi papá... o con eso que yo voy a trabajar ya me compré mi zapato (Artemio saca los pies de debajo de la mesa para mostrarme con orgullo sus zapatos nuevos).

¿Y tus hermanos más chicos no trabajan?

- ¡Él no!, está chiquito y ni les gusta trabajar. Yo sí le ayudo a mi papá. Cuando estoy allá [en Atzompa], y acá también.

¿Y te gusta trabajar?

- Sí... ganar el dinero.

¿Qué quieres ser cuando seas grande?

- Mmm... trabajador... en las fresas, gradiolas.

¿Y tu papá qué dice de que ya trabajas?

- Dice muy bien, dice. Un día trabajé cinco días y me gané quinientos nada más.

¿En qué usaste ese dinero?

- Mis zapatos, la mochila de mi hermanito, sus zapatos, sus calcetines. ¡Cuando iba yo a trabajar con la gradiola me llevaban bien lejos!, iba yo en carro. De las 6 de la mañana hasta las 2 de la tarde, ora ya no voy porque ya se acabó.

(Artemio, 10 años).

Serafín (18 años) ha trabajado, junto con su hermano mayor, en el corte del elote, pepino, jitomate, gradiola y en el cultivo de la fresa desde que llegaron a Ocalco hace unos cinco años. Él no terminó la primaria pues era todavía muy pequeño cuando tuvo que salir de su pueblo a trabajar en el campo. Serafín es

un joven sumamente inteligente y trabajador, que se desenvuelve a la perfección en sus dos idiomas: el mixteco y el español, y disfruta mucho de enseñar y explicar las cosas que él sabe. Es además, un joven muy orgulloso de ser quien es, de su pueblo y sus costumbres, y de ser el que mantiene (junto con Lorenzo, su hermano de 20 años, que está en EU) a toda su familia, que comprende a sus padres, sus dos abuelos, cuatro hermanos menores y tres sobrinos que quedaron “huérfanos” después de que su madre murió y el papá se fue a Estados Unidos y no han vuelto a saber de él.

Este año, Serafín y su hermano Fidel sembraron once tareas de fresa y por cada una deberán pagar 1,200 pesos de renta al terminar la cosecha. Serafín me contó que el año pasado les fue muy mal con la siembra, pues las plantas se les llenaron de plagas y apenas alcanzaron a pagar los costos de siembra y arrendamiento. Cuando mejor sale la cosecha llegan a sacar hasta un total de 200 canastas en toda la temporada, el problema es que cuando el precio por canasta está más alto ellos todavía no tienen suficiente fresa que cosechar.

Además de la tierra hay que pagar la yunta: 60 pesos por tarea, el fertilizante: 200 pesos el costal (se necesita casi uno entero por tarea).

Serafín calcula que en total gastan entre cinco y seis mil pesos cada año entre la yunta, el abono y los fertilizantes. A eso hay que sumarle el precio que pagan por las plantas de fresa que habrán de sembrar y reproducir para llenar los surcos (alrededor de 1,500 pesos) y los más de trece mil pesos de la renta de la tierra. Los costos son realmente elevados y si tomamos en cuenta que al final la ganancia hay que dividirla entre dos o más familias, el beneficio es realmente mínimo y, por supuesto, insuficiente para familias tan numerosas.

A veces Artemio va a trabajar. El sábado y el domingo va y gana dinero y namás él le dan dinero, pero como nosotros no trabajamos no nos dan nada de dinero, nomás ayudamos. A veces nos dan diez pesos, a veces veinte pesos... pero le pagan a él porque como trabaja muy bien le pagan cien, como a mi papá [...] Antes, cuando iba a la fresa a veces sí me pagan sesenta o setenta. Ese dinero se lo doy a



Figura 15. “El niño corta la hoja de fresa”.
Artemio, 10 años.

mi mamá y a veces nos compra ropa o calcetines o para gastarlo en la escuela o cualquier cosa. Para eso ocupamos esos dineros, pero ahora ya no trabajo porque ahora lavo la ropa de mis hermanos porque ya no sembramos y mi mamá va a trabajar con otro señor. (Rosalinda, 9 años, hermana de Artemio)

A pesar de toda la importancia que tiene la presencia de los niños en el trabajo agrícola, su participación es considerada como un “no trabajo” (González 2004) por el resto de la familia. Muchas veces escuché a los padres, o incluso a los propios niños, decir que lo que ellos hacen “no es trabajo”, porque “no nos pagan”, decían los niños, o porque “ellos nomás ayudan poquito”, decían los padres. Esto se debe, en gran parte, a que la participación infantil en las labores de subsistencia es algo común y muy normal en las comunidades rurales e indígenas (parte fundamental del proceso de socialización) y no es considerada como un trabajo que deba ser recompensado, ni como una actividad diferente a las labores con las que los niños deben cumplir.

Al igual que en los campos jornaleros, en Oacalco, los hijos acuden a la parcela como miembros de una familia y ahí se convierten en mano de obra laboral cuyas tareas son necesarias para la culminación del esfuerzo familiar y, por lo tanto, necesarias para el éxito de la cosecha y la subsistencia de la familia.

Migración y Transformación = Transformación y Migración

Aquí yo tengo que hacer tortilla, ¡pero no como mi hermana allá en mi pueblo!, nomás con la máquina. Allá todas las niñas que estaban en mi pueblo sí saben hacer la tortilla con su mano y yo no porque yo no crecí allá.
(Florentina, 12 años)

El estilo de vida de las familias mixtecas ha cambiado en ocasiones radicalmente desde que llegaron a vivir a Oacalco. Los cambios comprenden desde lo más íntimo, como la alimentación y la vestimenta, hasta cuestiones más complejas como el papel de la mujer en la sociedad o la reproducción inter-generacional de conocimientos, costumbres y valores, pasando por la organización familiar, el estilo de construcción de las viviendas, la incorporación de aparatos electrodomésticos, los modos de subsistencia, la participación comunitaria, la educación y el acceso a la información y a los medios de comunicación, entre otras cosas.

En la actualidad, el ingreso obtenido de las labores agrícolas ya no es suficiente para la reproducción de estas familias indígenas. Esto se debe, en gran medida, a los cambios que han ocurrido en el estilo de vida de las mismas, pues ahora tienen que cubrir necesidades que antes no tenían o porque intentan satisfacer gustos que antes no existían. Ésta es, por supuesto, la misma causa que ha llevado a varios mixtecos a emigrar

a los Estados Unidos. En un principio lo hacían sólo los hombres adultos pero ahora lo hacen también, cada vez con mayor frecuencia, los jóvenes de ambos sexos, parejas recién casadas, mujeres solas (incluso embarazadas) y los niños.

Todo esto es consecuencia de varios factores: por una parte del alto costo de la producción de la fresa y las enormes deudas que se suelen contraer para costearlo (de hasta 20 o incluso 40 mil pesos), sin embargo, si la cosecha se pierde o no fue lo suficientemente productiva, la deuda continúa siendo la misma y con el tiempo y la suma de los intereses llega a volverse impagable. La cuestión se agrava cuando quien contrae la deuda es el único adulto que aporta ingresos a la familia, pues además de verse obligado a pagar los intereses, tiene que seguir alimentando a su familia, pagando la escuela y comprando todo lo que sus hijos necesitan. Éste es otro de los motivos que ha llevado a varios hombres, acompañados de sus hijos y/o hijas mayores, a migrar a los Estados Unidos.

Ahora, las familias mixtecas no sólo tienen que cubrir las necesidades básicas (alimentación, ropa, calzado, salud y educación) de cada uno de sus hijos, que suelen ser muy numerosos, sino que además tienen que lidiar con otro tipo de necesidades. En este sentido, la escuela se caracteriza por ser la más demandante, pues exige una fuerte cantidad de gastos a las familias, por ejemplo, con largas listas de útiles escolares, uniformes, alimentación durante el recreo, cuotas de inscripción, festivales de clausura de cursos y frecuentes cooperaciones para realizar celebraciones del día del niño, de la madre, del maestro, de la bandera, de la independencia, del 5 de mayo, de la revolución, etc., o para llevar a cabo remodelaciones y reparaciones en el mobiliario o las instalaciones.

Si pensamos que cada familia mixteca tiene un promedio de cuatro o cinco hijos en edad escolar (ya sea en primaria o secundaria) y que al año, tan sólo en la escuela, tienen que gastar un promedio de 800 pesos o más, y que en ocasiones la ganancia neta de la siembra de la fresa llega a ser de dos, tres o cuando mucho cinco mil pesos por familia (dependiendo del número de tareas que se hayan sembrado y del éxito de la cosecha), no necesitamos ser grandes economistas para ver que los ingresos simplemente son insuficientes.

Otro factor que ha ejercido gran influencia en el deterioro de la economía de las familias mixtecas es que éstas han perdido la relativa autosuficiencia alimenticia que tenían en sus pueblos, al menos con respecto al maíz, quelites, hongos y otros alimentos que podían ser recolectados casi durante todo el año. En Oacalco

ya ninguna de las familias cultiva el maíz que consumen y sólo las que poseen una mejor posición económica llegan a tener algunos pollos, guajolotes o chivos.

Porque los niños que hay ahorita, ellos no saben hacer todo, no saben cómo se pone el nixtamal, no saben lavar, porque ahora nosotros no hacemos eso, por eso mis hijos no aprenden. Aquí ya no lo hacemos, pero los de mi pueblo sí lo hacen, sí saben. Aquí trabajamos en otro trabajo, ya tenemos dinero y ya voy a comprar la tortilla, es más fácil. Allá cargan leña y acá no, porque acá nosotros usamos gas, por eso no necesita mucha leña y los niños no cargan leña. [...] Allá está más difícil, aquí se puede comprar gas para hacer comida, no tenemos que ir por leña. Y aquí está bien, si tienes poco dinero aquí puedes comprar tortilla y ya hacemos comida y aquí compramos maseca, y allá no, allá puro nixtamal, ya se acostumbraron puro tortilla de maíz, ellos hacen eso (Amalia, Oacalco: mayo/05).

La alimentación de las familias está cambiando de una manera sumamente desfavorable no sólo en términos económicos, sino también nutricionales. El cambio más evidente está, como ya lo dijera Amalia, en las tortillas. Ahora las familias mixtecas elaboran sus tortillas con maseca y tienen que gastar una cantidad considerable de dinero en los bultos de harina y el gas para cocinar. Cuando vivían en sus pueblos, gran parte de la alimentación estaba basada en productos vegetales de gran valor nutritivo que se recolectan en el monte y las barrancas (hongos, quelites, raíces, berros, verdolagas, etc.) y, ocasionalmente, era complementada con carne de animales silvestres (conejo, ardilla, pescado, venado, algunas aves, etc.). Ahora en Oacalco todo tiene que ser comprado y esto representa un gran expendio para la familia, pero lo más grave es que los alimentos que suelen comprar tienen un escasísimo valor nutrimental.

¿Crees que tu vida ha cambiado desde que se vinieron a vivir aquí?

- Sí, en hablar español... Y luego allá no hay nada de comer. A veces mi papá va a un río y ahí atrapa pescado, ahí mata un pájaro y con eso comemos, sabe rico [...] Acá ora comemos frijol, pollo rostizado, arroz, maruchan.

¿Y cuál de las dos comidas te gusta más?

- La de acá, acá sabe más rico.

(Artemio, 10 años).

Durante los meses que visité las casas de las familias mixtecas, varias veces me tocó ver que las compras semanales de aprovisionamiento consistían en cajas enteras de sopas maruchan, refresco, varios sobres de sopa de pasta que simplemente se fríe en aceite y se come con tortilla, frascos de mayonesa con la que los niños se hacen tacos, varios kilos de maseca, cebollas, jitomate, latas de chiles y de frijoles refritos. Todo esto algunas veces se complementa con quelites y verdolagas recolectados en los campos de fresa. Sólo en contadas ocasiones vi fruta en las casas, por la sencilla razón de que es cara y rinde poco, porque a los niños les gusta mucho y siempre quieren más.

Un día que llegué a casa de Zenaida y Serafin, que viven en una unidad doméstica junto con cuatro o cinco familias más, encontré a Silvia, Carolina, Sandra y Cristina jugando a la comidita con un par de

corcholatas y unos trastecitos viejos de plástico. Me acerqué y pregunté si me invitaban a comer, de inmediato

Silvia me sirvió en una corcholata un succulento “caldito” hecho de tierra y agua de charco:

- “Tome usted”, me dijo entregándome el plato.
 - “Gracias señor”, le respondí. “¿No tendrá usted una tortillita?”
 - “Sí”. Silvia salió corriendo para volver con una hojita de árbol que enrolló hábilmente para hacerme un taquito.
 - “¡Mmmm, qué rico está su taco señor!, ¿y no hay cafecito?”, seguía yo.
 - “Sí también”, dijo Silvia llenando una de sus tacitas rosas con agua y revolviéndola con un palito antes de entregármela. Yo hacía ademán de sorber el café con gran sonoridad y muecas de placer. Todos a mi alrededor se reían muy divertidos, sobre todo la mamá de Silvia.
 - “¿Oiga doña Silvia, y no tendrá pan?”, continuaba yo con mis exigencias.
 - “No, no hay dinero” contestó ella muy seria y yo me quedé estupefacta.
- (Diarios de campo: 23/junio/2005)

Por si fuera poco, la situación nutricional de los niños se ve agravada por las cantidades de comida chatarra, dulces y refresco que consumen en la escuela y por las tardes varias veces al día, casi todos los días. Sobre todo en las familias que tienen más recursos, se suele ver a los niños comprando cantidades de papitas, dulces, chicles y paletas. El refresco está casi siempre presente en cada una de las casas a la hora de la comida.

La consecuencia más grave de este cambio radical en la alimentación es sin duda la malnutrición de los niños, los más pequeños suelen ser los más afectados y los que son cada vez más propensos a infecciones gastrointestinales y de las vías respiratorias. Cabe aclarar que éste no es el estado general de los niños mixtecos de Oacalco y que lo que impera, más que la desnutrición, es la malnutrición, pero sí existen varios casos en los que los menores están demasiado delgados, tienen poca fuerza, bajo rendimiento escolar y son muy enfermizos, pues con frecuencia padecen de dolor de cabeza, vómito, manchas en la piel, fiebres repentinas, infecciones de los ojos y de la piel o parásitos.

Viviendo en su nueva comunidad, poco a poco, los niños han ido aprendiendo nuevos valores, roles y estilos de vida en la escuela, la televisión, la calle y en el nuevo ambiente social que los rodea, que después resultan ser bastante irreales o ajenos a la vida de su comunidad y/o de su familia. Probablemente esta sea la causa más importante de que se note una diferencia, cada vez más evidente, entre los padres nacidos y crecidos en la mixteca y los hijos que han crecido en Oacalco.

En una ocasión en que platicaba con un grupo de niños de Yuvinani sobre las diferencias que existen entre los niños de Oacalco (donde en ocasiones los niños mixtecos se suelen incluir a sí mismos) y los niños de Yuvinani, Delfina defendía a estos últimos de las acusaciones de Miguel, su hermanito menor, quien decía que allá los niños son muy flojos:

¡No son flojos maestra!, si a veces se van hasta allá, le dan de comer a sus vacas, ¡caminan mucho! Ellos corren, se acostumbran a caminar en los cerros y ya no les cuesta trabajo subir, y aquí nosotros ya no estamos acostumbrados, luego, luego nos cansamos. [...] Y después los niños así ya como Rodolfo [9 años] ya saben agarrar el hacha y partir la leña... ¡y saben mucho montar y van lejos! O como Nefalí [13 años] ya saben sembrar, acompañan a los papás, ¡y las niñas bien que hacen sus tortillas con la mano! (Delfina, 12 años).

Los niños mixtecos de Oacalco, aunque aprecian las habilidades y capacidades de los niños que han crecido en sus pueblos, se consideran ya demasiado alejados de su estilo de vida. Asimismo, las expectativas de estos niños, así como sus exigencias para la vida y hacia sus padres, son ya muy distintas de las que tienen otros niños que no han migrado, o a las que sus propios padres tuvieron cuando eran niños. Los niños mixtecos de Oacalco sueñan con ser profesionistas, doctores, policías, maestros, bomberos y ahora conocen todo un mundo de objetos, comodidades y placeres que antes no existía o no tenía importancia estando en sus comunidades, pero que ahora se está volviendo no sólo una necesidad sino una meta que debe ser cumplida en la vida y que finalmente los lleva, primero a sus padres y luego a ellos, a migrar a los Estados Unidos.

“Yo los dejo que me digan *oaxaquito*”

Representaciones Sociales del Idioma Materno y la Pertenencia Étnica

Yo los dejo que me digan *oaxaquito*, no me importa, porque aunque séamos pobres y otros ricos, o unos téngamos más cosas o hablemos otro idioma, nadie conocemos este mundo. Todos vamos a aprender.
(Jorge, 13 años)

Desde las primeras semanas que visité Oacalco pude ver que las familias mixtecas (la mayoría provenientes de Atzompa) han conformado en esta comunidad algo parecido a un “enclave mixteco”, similar a los asentamientos que Kearney (1986) y Bessereer (2004) han llamado comunidades “hijas” o “satélites” de las comunidades mixtecas de donde provienen los migrantes oaxaqueños, porque con ellas se mantiene un constante intercambio de personas, dinero, bienes e información; intercambio que está fuertemente marcado por prácticas y valores de solidaridad intergrupala, propios de su tradición comunitaria (Sánchez 2001:89).

Casi todas las familias mixtecas de Oacalco se conocen entre sí y varias de ellas están relacionadas por algún tipo de parentesco consanguíneo o por afinidad. Dependen unas de otras para el trabajo agrícola, para construir efectivas redes sociales que les permiten migrar, para recibir noticias de sus pueblos o para la sanación de algunas enfermedades como el *aire* o el *susto*, pues muchas veces se buscan entre sí para efectuar limpiezas o para consultar la suerte a través de las barajas o de antiguas formas de adivinación que consisten en

mediciones que el curandero hace en su propio antebrazo. Esta técnica de adivinación-curación es practicada también por los indígenas Tlapanecos que habitan en la misma región de la Montaña (ver Oettinger 1994).

Por supuesto también existen los celos y la desconfianza o la desvalorización entre los miembros de una misma comunidad. Uno de los ejemplos es la depreciación que existe entre la gente de Atzompa y la de Yuvinani por el hecho de hablar un mixteco ligeramente diferente. Cada uno dice que el otro no sabe hablar bien el mixteco y que casi no se le puede entender. También escuché algunas veces comentarios negativos de los adultos hacia la gente de su mismo pueblo, pues los paisanos que llegan son cada vez más numerosos y ellos tienen el temor de que el trabajo se termine o de que los salarios disminuyan. Entre los niños los comentarios negativos se centran sobre todo en que la gente de su pueblo “es muy chismosa”, “es envidiosa” o “es mala porque hace brujería”, entre otras.

Quando llegué aquí no me quise quedar, pensé que es mejor estar en mi pueblo, pero ahora que fui con mi mamá pensé que no, que es mejor aquí porque aquí tengo amigos y allá no. Allá todas las personas dicen de cosas que hacemos, nos critican y así, por eso no queremos quedarnos allá. Aquí es mejor porque aquí tenemos amigos y allá no (Angelina, 12 años).

Esto, como bien explica Miguel Bartolomé, se debe a que el desarrollo de una identidad social compartida supone la construcción de un yo y de un otro generalizado afectivamente próximo. La identidad se comporta “como un principio de inclusión y exclusión a la vez, ya que al identificarnos con unos tendemos a separarnos de otros. Pero los otros generalizados que forman parte de mi grupo no son sólo afectivamente próximos en términos positivos, sino también el más cercano y potencial grupo de conflicto” (Bartolomé 1997:49-50).

La visión, en cierto modo devaluada, que los niños tienen de sus pueblos y muchas veces de sí mismos se ha visto reforzada en la escuela, en cierta medida inconscientemente, por los compañeros y los maestros. Es justamente en este espacio de socialización donde los niños deben buscar día a día adaptarse a un ambiente y a una cultura que les es ajena (aunque cada vez menos, debo decir) y que les exige aprender, interiorizar y manejar cierta cantidad de conocimientos, valores y responsabilidades para que puedan ser aceptados por completo. Esta clase de “presión” que es ejercida sobre los niños mixtecos, se evidencia sobre todo en la cuestión del idioma. Durante los meses del trabajo de campo, innumerables veces me tocó escuchar de los niños, dentro y fuera de la escuela, que ellos lo que querían es “dejar de hablar mixteco”. De hecho, cuando llegué a la escuela en febrero del 2005, me di cuenta de que los niños cuando hablaban el mixteco en la escuela, lo hacían en voz baja y cuando creían que nadie más los estaba escuchando. Los maestros y el

director me contaron que tiempo atrás, este comportamiento era todavía más acentuado, pues antes solían ser objeto de burla y rechazo por parte de los niños mestizos por el hecho de ser indígenas y no hablar el español sino una lengua distinta. Con el tiempo las relaciones parecían haber mejorado, pues ya casi no se daban ese tipo de situaciones, según me dijeron ellos. En una ocasión que me encontraba trabajando con todos los niños mixtecos en un grupo quise hablar de este tema y les pregunté: “¿Cuando llegaron a la escuela por primera vez los otros niños o los maestros los veían raro porque ustedes hablaban mixteco?”

- “¡Sí!”, respondieron todos.
 - **Mario**: a mí me decían “oaxaquito”, y yo les contestaba ¡yo no vengo de Oaxaca!
 - **Casimiro**: yo venía de Guerrero, y ya se quedaron calladito.
 - **Jorge**: de mí se burlaban y yo les decía *tiñá* [pobre diablo].
 - **Eusebio**: pero eso pasaba porque no tenían confianza en nosotros
 - **Héctor**: ¡no nos conocían!
 - ¿*Y todavía se burlan de ustedes por hablar otro idioma o ya no?*
 - **Mario**: ya no
 - **Héctor**: ¡yo no les hacía caso!
 - ¿*Qué podríamos hacer para que eso ya no pasara?*
 - **Héctor**: ¡reírnos! ...de ellos. (risas generales)
 - **Jorge**: ¡pues burlarnos de ellos porque tan siquiera nosotros sabemos dos idiomas y ellos no!
 - **Eusebio**: hacer amigos con ellos y tener confianza... Ya no nos van a hacer eso porque ya nos conocen.
 - **Mario**: a mí los perros me ladran porque no me conocen.
 - **Héctor**: ¡mandarles cartas!
 - **Eusebia**: hablar con ellos, juntarnos con ellos.
- (Entrevista colectiva con los niños mixtecos, Oacalco: 16/junio/05)

Aunque la situación de rechazo ya no era manifiesta, los niños seguían sintiéndose señalados por hablar el idioma mixteco, tanto dentro como fuera de la escuela. En otra ocasión, trabajando por la tarde en casa de Epifanio con él, sus hermanas y sus primos, también salió este tema a la conversación y éste fue el diálogo que los niños entablaron:

- **Delfina**: Es que luego no quieren hablar mixteco porque les da pena, dicen: “no pos hay que cambiar porque nos vemos muy inditos”, y luego que los de acá te gritan: “oaxaquito”, ¡me chocan!
 - **Rocío**: Ya hasta allá en la escuela dicen así.
 - **Epifanio**: Es que como que sienten que... Su idioma les da pena hablarlo pues. Los demás se burlan... y luego dicen: “yo tengo dinero y ustedes no”, “mi pueblo es más bonito”...
 - **Neftalí**: ¡Ajá!, y yo digo que no, que no es así. Yo digo que aunque séamos pobres tenemos más cosas que comer. Acá están contaminando mucho ya.
 - **Miguel**: ¡Es que pobrecitos de los pueblos porque no hay trabajo y no hay nada de comer!
 - **Neftalí**: Pero sí hay, hay hongos, hay quelites... Lo único por lo que sufren allá es por el dinero porque no pueden hacer su casa.
- (Entrevista colectiva en casa de Epifanio, Oacalco: 20/junio/05)

Es evidente que los niños se han sentido lo suficientemente presionados como para querer dejar de hablar su idioma, no sólo por sus compañeros en la escuela y por la comunidad en general, sino por sus mismos padres, quienes piensan que el hecho de hablar mixteco los vuelve “atrasados” o los hace parecer ignorantes. Ellos son los primeros que desean que sus hijos aprendan el español y olviden el mixteco a toda

costa, sin detenerse a pensar que si sus hijos de verdad llegaran a olvidar su idioma ya no podrían comunicarse con ellos.

En México, las representaciones y las categorizaciones sociales que ligan al indígena con las nociones de “ignorancia”, “atraso”, “pobreza” o incluso “holgazanería”, se encuentran bastante difundidas entre la



Figura 16. “Atzompa”
Catalina, 6 años.

población y han llegado a conformar estereotipos y prejuicios bastante generalizados y muy difíciles de erradicar. Dichos estereotipos, que finalmente no son sino “maneras prácticas y bastante económicas, cognitivamente hablando, de aprehender a los ‘otros’”, no han hecho más que imponer “moldes” a nuestras relaciones interpersonales, empobreciendo radicalmente nuestro poder creativo en la convivencia con los demás (Greathouse, Hartog y García 2005:7).

Como señalan Hartog y Greathouse (2005:9), podemos decir que en México existe un fuerte complejo relacionado a la identidad indígena. El racismo, la discriminación y la intolerancia suelen darse de una

manera sumamente sutil, pues la gente se categoriza según los matices del color de la piel, por lo tanto, no se puede hablar de un claro enfrentamiento racial, como sucede en muchos otros países, sino más bien de un conflicto en cuanto al “grado de blancura”. Esto hace que la discriminación en nuestro país no esté orientada hacia los extranjeros o hacia quien pudiera ser considerado como extraño, sino hacia los propios mexicanos que son considerados como “típicos” o indígenas.

En su más reciente obra, Arturo Warman escribe:

El racismo mexicano es informal, no está institucionalizado, está difuso y desarticulado. Se transmite ubicuamente por usos y costumbres, por dichos y refranes, por gestos y reacciones aprendidas en el espacio del conocimiento popular y familiar. No hay instituciones públicas que proclamen y promuevan el racismo pero son muy pocas las que lo combaten o destierran, por lo que el racismo informal se introduce y practica en ellas como en las instituciones privadas y, sobre todo, en el ámbito íntimo o familiar (Warman 2003:85)

La cuestión se torna todavía más compleja cuando percibimos que este tipo de racismo o discriminación no sólo se ejerce de un grupo hacia otro (desde el grupo dominante hacia el dominado), sino

que también es ejercido por parte del propio grupo, que se discrimina a sí mismo, como en el caso de los niños mixtecos. A partir de su encuentro con la sociedad y la cultura dominantes, estos niños han llegado a sentirse inferiores a comparación de los “otros” niños que hablan español, tienen un color de piel más claro y no provienen de familias indígenas o campesinas.

Una de las problemáticas más complejas dentro de la cuestión del racismo y la discriminación en México es justamente el auto-racismo y el auto-desprecio al que luego de cinco siglos de una fuerte actitud bastante extendida de rechazo, desprestigio y marginación, han llegado muchos pueblos indígenas del país. La socialización de estas actitudes y de las ideas que las sustentan, han conseguido con mucha efectividad, ocultar aquellas realidades culturales que se originan o se relacionan íntimamente con el colonialismo interno, el mestizaje y un proceso sumamente desigual de globalización y desarrollo. Éste hecho, a su vez ha

favorecido la creación y la perpetuación de las relaciones injustas de poder, las cuales habrán de encontrar su más efectivo apoyo en determinadas representaciones sociales que están ligadas a ciertas prácticas cotidianas que impulsan y reproducen la incomprensión, el racismo y la discriminación. El hecho de que “el tono de la piel en México es portador de un significado social importante que



Figura 17. “mi casa esta bonita ay arboles las montañas hay pajaros flores”
Valentina, 10 años

está asociado a un trato social diferente” (Hartog y García 2005:14) es, por ejemplo, una de dichas representaciones que lleva a la práctica cotidiana, pero discreta, del racismo o la discriminación porque, como explican Hartog y García:

Los contenidos racistas o étnicos de las representaciones sociales son aquellos que permanecen inadvertidos [...pues...] no son manifestados por los sujetos en condiciones convencionales de interrogación porque deben ser negados y enmascarados porque no es socialmente correcto o deseable expresarlos, por lo tanto permanecen ocultos y latentes bajo el efecto de ciertas normas que son relevantes para el grupo (Hartog y García. 2005:15).

Conocer aquellos aspectos de las representaciones sociales infantiles que permanecen ocultos pero que son claramente manifestados a través de prácticas cotidianas de rechazo o discriminación, es un trabajo que la antropología todavía debe realizar, y que sin duda habrá de constituir una importante aportación al estudio de las relaciones interpersonales e inter-étnicas, así como a la erradicación definitiva de la percepción del indígena como un ser “inferior e irredimible” y de la “auto-categorización histórica” de muchos pueblos indios como seres “resignadamente dominados” (Quiroz 2005:61).

A finales del 2005 le propusimos a los niños de toda la primaria que escribieran cuentos para participar en una convocatoria que habían lanzado la CNDH y el Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (CONAPRED) que se titulaba: “¿Somos Iguales...?”, y proponía que los niños desarrollaran un escrito respondiendo a las siguientes preguntas: ¿somos iguales?, ¿qué es la igualdad para ti?, ¿sabes qué es la discriminación? y ¿qué piensas sobre ella?, entre otras. Al escuchar estas preguntas, los niños de inmediato comenzaron a decir: “Todos somos iguales maestra, aunque seamos diferentes, porque todos somos niños, somos humanos y tenemos sentimientos y pensamos y tenemos corazón”.

El resultado de esta actividad fueron cuentos e historias realmente interesantes que entremezclan la realidad con la ficción y que reflejan a la perfección lo que los niños mixtecos y mestizos están viviendo en el contexto de sus comunidades, en la escuela, sobre el encuentro intercultural y en una realidad social y económica en particular. Los relatos de los niños mixtecos tienen siempre algo de autobiográfico, aunque estén contados en tercera persona y dotados de un dramatismo que los hace parecer fantasía.

Por ejemplo, el cuento de Reynaldo, de 13 años de edad, que en esas fechas acababa de llegar a Oacalco) trata de una pareja que tiene que dejar su pueblo porque él no encuentra trabajo, pero al salir tienen que enfrentarse con la discriminación y el rechazo de la gente por el hecho de ser indios, hasta que finalmente desanimados deciden volver a su comunidad. Reynaldo concluye diciendo: “Por eso las otras personas no deben burlarse de los pobres y ni aunque ablen otra idioma porque todos somos de la misma sangre y todos debemos respetarnos”.

El relato de Zenaida (14 años) trata de una muchacha pobre que “vivía en una casa de carrizo y siempre lloraba porque no tenía dinero” y no se podía comprar las cosas bonitas que veía y que además tenía que soportar las burlas de los niños que sí tenían “todo lo que ella no tenía”. Al final de su historia, Zenaida escribe: “Aunque no tengan dinero no hay que discriminarlos y no hay que burlarnos de ella si no tiene lo que

tenemos nosotros, hay que compartirlos con ellos por que si somos pobre cuando nos burlan nos sentimos mal”.

Raúl (14 años) describe la historia de un niño pobre que es discriminado en su escuela por el resto de sus compañeros. En su relato, Raúl habla de la igualdad y los derechos humanos y dice que “nadie tiene derecho de criticar a nadie porque todo somos iguales, aunque no vivimos iguales, aunque no tenemos la misma costumbre de vestir, raza o sangre”. Gabino, 13 años de edad, es primo de Reynaldo y en ese entonces también acababa de llegar a vivir con su hermano mayor a Oacalco, ahora se encuentra en los Estados Unidos. Él, en vez de inventar un cuento, hizo una interesante adaptación del conocido mito de Juan Oso, quien en su historia era discriminado por los niños de su escuela por ser distinto: mitad oso y mitad humano. Al final, Gabino escribe: “no deven de burarse de alguien porque no es justo, todo tenemos derecho aunque no vivimos iguales, aunque no somo la misma tradición todo tenemos sangre tenemo corason”.

A través de estas historias los niños mixtecos nos revelan una serie de vivencias, sentimientos y percepciones que a lo largo de su vida les ha traído la experiencia migratoria, es decir, el haber tenido que dejar sus pueblos, una parte de su familia, sus hábitos cotidianos y, probablemente ahora también su idioma, sus creencias y sus costumbres, para integrarse a un mundo donde rigen otras normas y son apreciados otros valores y otras cualidades, físicas e intelectuales. Todo esto ha provocado en ellos un interesante proceso de reflexión que a algunos los lleva a valorar positivamente sus comunidades y la vida que allí llevaban, mientras que a otros los hace simplemente desear pasar desapercibidos y no ser señalados por el hecho de ser “pobres” o hablar un idioma indígena.

Por su parte, gran parte de los relatos de los niños mestizos tenían como tema principal el encuentro entre niños pobres y niños ricos, entre niños “güeritos” y niños “negritos” o “morenitos”, o entre niños que hablan español y niños que hablan otra lengua y que son discriminados por ello. Esto evidentemente se origina de las experiencias que estos niños han vivido en la escuela a partir de la convivencia con los niños mixtecos. Otros relatos más abordaban el tema de la discriminación a causa de la discapacidad, del sida, de la vejez o trataban temas como el de la drogadicción, que desafortunadamente varias familias han vivido muy de cerca. Al final, todos los niños apuntaron que “todos somos iguales” y que la discriminación es “mala” y que “no debería de existir”.

En las historias de los niños se deja entrever una fuerte sensibilidad hacia lo injusto de la discriminación y el rechazo del “otro”. Uno pensaría que ellos no se dan cuenta de qué tanto participan en y contribuyen a reproducir dicha discriminación y rechazo, en su propia escuela por ejemplo. Sin embargo, en estas pequeñas historias vemos que los niños plantean soluciones posibles que los involucran a ellos mismos y dentro de ellas se envían mensajes unos a otros y a sí mismos que dicen: la discriminación no tiene base ni fundamento, la discriminación “no debería de existir”.

Toda la serie de acontecimientos y experiencias por las que los niños mixtecos y sus familias han atravesado al salir de sus pueblos (la estadía en diversos campos jornaleros, el posterior asentamiento en Oacalco y en algunos casos la migración a los EU) ha ido reuniendo una serie de experiencias sociales, familiares y personales que nos permiten entrever cuestiones sumamente interesantes acerca del modo en que se han representado la pertenencia a un grupo étnico, cómo se ha ido transformando la percepción tanto de su propia cultura como de la cultura dominante, del modo en que ellos se han ido integrando y participando en

dichas culturas y la manera en que viven, interpretan e interiorizan la experiencia de la migración, tanto interna como internacional. Partiendo del conocimiento y en búsqueda del reconocimiento de estas importantísimas voces es que pretende desarrollarse esta investigación.



Figura 18. Familia Mercedes, 8 años.